



Era un día soleado de invierno. Aquí y allí se podían ver niños jugando a un montón de cosas. Pero había alguien que no parecía demasiado jovial. Destacaba claramente entre tanta alegría y movimiento. Sentado, pensativo, encerrado en sí mismo, se encontraba un hombre de mediana edad. Bueno, parecía joven para ser de mediana edad pero a la vez había algo que le dotaba de sabiduría. A simple vista no había forma de identificar qué era pero si alguien hubiera sido un buen observador se hubiera percatado de que había algo distinto en sus ojos. No es lo que pensáis, no eran arrugas. Era la manera de mirar, como si ya lo hubieran visto todo y nada pudiera sorprenderlo. Y sin embargo ahí estaba, cabizbajo y algo malhumorado. Había una razón para que este personaje fuera tan peculiar. A lo mejor ya habéis descifrado el misterio. En efecto, era un dios. El dios Toth. Y hablaba para sí mismo.

- No me puedo creer que haya perdido los planos del cielo. Sin ellos ¿cómo vamos a saber dónde están las puertas a las estrellas? Y lo que es peor, ahora ¿cómo sabremos dónde están las manivelas para bajar las cortinas? Dijo el dios Toth.

Casi pareció sorprendido. Digo casi porque no tengo muy claro si es posible sorprender a un dios, cuando una voz un poco estridente dijo alto y claro: ¿Qué cortinas? ¿Qué puertas a las estrellas? Mi mamá tiene cortinas, pero no me he dado cuenta de que haya ninguna puerta detrás. Siempre hay ventanas y desde luego no llevan a las estrellas.

El dios Toth miró con ojos claros y comprensivos a una pequeña figura que salía de entre unos arbustos a espaldas de él. Una niña de pelo oscuro y ojos marrones, con dos coletas, una a cada lado de la cabeza, sonreía de esa manera en que sólo las niñas juguetonas y despreocupadas pueden hacerlo.

- No lo entenderías, son asuntos de adultos. Dijo el dios Toth.

- Oye que ya soy mayor, ya tengo 6 años. Dijo la niña.

Una sonrisa apareció en los labios del dios Toth. De repente le apetecía continuar con el juego: Vale, pues te explico. Resulta que no encuentro algo muy valioso. El caso es estoy buscando por todos lados unos planos y no hay forma de encontrarlos.

- ¿Tienes mamá o hermanos? ¿Has preguntado si alguien los ha visto? Preguntó la niña.

- Pues la verdad es que no. Estaba tan preocupado que ni lo pensé. Dijo Toth.

- Pues entonces cómo vas a poder encontrarlo. Dijo la niña. Lo primero es hablar las cosas. Yo una vez también me puse nerviosa cuando perdí mi juguete favorito. No se me ocurrió preguntar a mi mamá si lo había visto y resulta que lo había guardado. Ahora siempre pregunto cuando no encuentro algo.

De repente el dios Toth se levantó de un brinco. Se palmeó la frente y dijo. Pues tienes razón. Ahora que lo dices podía haber preguntado a mi hermano Osiris. Me iré ahora mismo y le preguntaré. Y con un chasquido de dedos: PUFFFFF. Desapareció.

La niña miró hacia todos los lados, se rascó la cabeza, y despreocupada volvió a jugar con sus amigos. Qué persona más despistada, pensó la niña. No me extraña que haya perdido esos planos. Se le ha olvidado darme las gracias por ayudarlo.

Mientras tanto, a muchos kilómetros de distancia, el dios Toth apareció detrás de unas dunas. Y detrás de esas dunas, imponente, se alzaba una pirámide. Al lado de esa pirámide, pequeña en comparación, había otra persona que compartía alguno de los rasgos del dios Toth. Era igual pero diferente. Distinto pero un poco parecido. Puede que pienses que no tiene sentido pero por favor, no me juzgues por no encontrar las palabras adecuadas para describir al dios Osiris. Al fin y al cabo es un dios.

- ¿Dónde los has puesto? Preguntó Toth.

- ¡Vaya susto me has dado Toth!



- No te hagas el sorprendido. Sabes a lo que me refiero. Seguro que los has guardado y te estás divirtiendo viendo cómo voy de un lado a otro buscándolos. Le respondió Toth.
- Pero aún no me has dicho qué es lo que buscas y mientras tanto estás dando por supuesto que yo he escondido algo y que lo he hecho para ver cómo sufres. Dijo Osiris con una nota de malestar. Pero se le pasó rápido porque conocía a su hermano y sabía cómo de nervioso podía ser a veces.
- A ver, ¿qué has perdido?
- Los planos del cielo... ¿Entonces no los has cogido tú? Respondió Toth

- No ¿Cuándo fue la última vez que los viste? Le dijo Osiris.
 - Pues había accionado la manivela para subir las cortinas del cielo. Ya sabes, la que tapa el sol para que se vean la luna y las estrellas. Contó Toth a su hermano. Luego dije la fórmula mágica para hacer invisibles los planos y...
 - ¡Arrea! Gritó. Cómo los voy a encontrar si los he hecho invisibles. Es normal que no los encuentre. Así que dije la fórmula mágica y los planos, para sorpresa del dios Toth, aparecieron en el bolsillo de su chaqueta. Habían estado ahí todo el rato pero al ser invisibles no los había visto. Me tengo que ir. Dijo Toth y con otro PUFFF, parecido al anterior pero distinto al mismo tiempo... Bueno, ya me entendéis todos... desapareció.
- A Osiris no le extrañó que no se despidiera. Era tan despistado su hermano. Seguro que más tarde aparecería. Tenía formas peculiares de dar las gracias.
- Mientras, a muchos kilómetros de distancia, una niña volvía con su madre de la mano. Se había hecho de noche y le encantaba jugar a encontrar formas curiosas en el firmamento. Entonces la vio en el cielo. Una forma que nunca había visto antes. Allí claramente vio dibujada una cabeza con dos coletas, una a cada lado de la cabeza.
- Mira mamá. Seguro que ha sido el amigo al que he ayudado. Le dije cómo encontrar los planos del cielo. Esos con los que se puede ir a las estrellas. Seguro que es su forma de darme las gracias.
 - Qué imaginación tienes hija. Le dijo su madre distraída mientras contemplaba la extraña forma en el firmamento.
- Algunos dirán que la niña tenía mucha imaginación, pero el dios Toth quiso agradecerle de esta manera tan peculiar la ayuda prestada. Ya que la niña, sin quererlo, le había dado la clave para solucionar el problema. Que por no preguntar las cosas y sacar conclusiones precipitadas se pegó un susto de los buenos.

Y cuento contado cuento acabado.